

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

DOROTEO FONSECA.

TOMO IV. — NUMERO 6.

SUMARIO:

- I. Documentos — II. Alocución, por Juan Gomar — III. A mi querida madre (poesía), por José María Gomar — IV. Carlos Gil, por F. A. Gamboa — V. A Nicaragua (oda), por Juan Fermín Aycinena — VI. La Perfidia, por Rafael E. Chávez — VII. Nihilismo (poesía), por Julián del Casal — VIII. La felicidad de los niños, por Leopoldo Pereira — IX. Becquer (poesía), por Benito Mas Prat — X. Pequeñeses del padre Luis Coloma, por C. Mixco — XI. Carlos Fourier, por Víctor M. Jerez — XII. Curación antiecéptica, por E. C. Roque — XIII. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Franklin núm. 14.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL. CALLE DE HIDALGO.

Septiembre de 1892.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

| | | |
|----------------------------|----|----------------------------|
| Presidente | D. | Abraham Chavarría. |
| 1 ^{er} Vocal | " | Francisco Martínez Suárez, |
| 2 ^o " | " | Rafael E. Chaves. |
| Fiscal | " | Víctor M. Jerez. |
| Tesorero | " | Adrián García. |
| 1 ^{er} Secretario | " | Juan Gomar. |
| 2 ^o " | " | Doroteo Fonseca. |

SOCIO HONORARIO

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

| | | | |
|--------|-------------------|--------|----------------------|
| Dr. D. | Fidel A. Novoa. | Dr. D. | Guadalupe Ramírez. |
| Br. " | Miguel Dueñas. | " " | Francisco Espinal. |
| " " | Fermín Bayona. | Br. " | Lisandro Blandón. |
| " " | Nicolás Leiva. | " " | Francisco Gutiérrez. |
| " " | José María Gomar. | " " | Juan Mena. |

SOCIOS CORRESPONSALES:

| | | | |
|---------|-----------------------------|---------|---------------------|
| Doña | Vicenta Laparra de la Cerda | Srita. | Josefa Carrasco. |
| Srita. | Antonia Galindo | Lic. D. | J. Fermín Aycinena. |
| Lic. D. | Manuel Diéguez. | Dr. " | Rubén Rivera. |
| Br. " | Salvador Flamenco. | " " | Abrahám Rivera. |
| " " | Adolfo Castro. | " " | Francisco A. Reyes. |
| " " | Baltasar Parada. | " " | Carlos A. Imendía. |
| Dr. " | Simeón Eduardo. | " " | Anselmo Valdés |
| " " | Carlos Dárdano. | " " | Ismael Cerna. |
| " " | Ramón P. Molina | " " | Juan J. Lafnez. |
| " " | David A. Payés. | " " | Esteban C. Roque. |
| " " | Horacio Rómulo Jarquín. | " " | Carlos B. Calvo. |
| " " | Dèsirè Pector. | Br. " | Nazario Salaverría. |

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Abraham Chavarria—Director,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO IV

SAN SALVADOR, SEPTIEMBRE DE 1892.

NUM. 6.

DOCUMENTOS.

San Salvador, Agosto 30 de 1892.

Señores Secretarios de la "Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador."

Ptes.

Muy señores nuestros:

La Sociedad científico-literaria "La Juventud Salvadoreña", que desde hace algún tiempo viene haciendo preparativos para celebrar el IV centenario del descubrimiento de América con una velada lírico-literaria que en el coliseo de esta capital deba efectuarse el 12 de octubre próximo, ha tenido conocimiento de que también la "Academia de Ciencias y Bellas Letras", va á tratar de celebrar por su parte tan glorioso como trascendental suceso; y que, coincidiendo en el modo de hacerlo con lo dispuesto por "La Juventud Salvadoreña", la respetable Academia tratará de otra velada con igual objeto, para la fecha misma y en el propio lo-

cal que nuestra Sociedad ha determinado.

En vista, pues, de la inconveniencia y aun absoluta imposibilidad que hay desde luego para la realización de dos festividades idénticas hasta en sus condiciones de tiempo y localidad, "La Juventud Salvadoreña," en sesión del 28 del que cursa, ha acordado: dirigirse, por nuestro medio, á esa honorable Academia, proponiéndole la unión de ambas corporaciones para la organización y efectividad de una velada lírico-literaria que, en conmemoración del descubrimiento de América, deba celebrarse el 12 de octubre próximo, en el coliseo de esta capital.

La aceptación de lo anteriormente propuesto, no sólo confirmará la buena armonía que entre ambas corporaciones ha reinado siempre, sino que también, evitando toda dificultad y juntando los esfuerzos de una y otra, hará que la celebración del gran suceso alcance la mayor solemnidad posible.

Esperando de UU. se sirvan contestarnos cuanto antes lo que esa respetable Corporación juzgue á bien sobre el particular, hacemos-

¡Oh, terrible inclemencia del destino!
Vivir sufriendo sin saber por qué,
Y seguir de la vida en el camino
Guiado tan solo por la dulce fé!

¡Qué es un hijo sin madre! Hoja perdida
Que vuela al soplo de huracán violento;
Tórtola triste que en el alma herida,
No halla quien calme su voraz tormento.

Y tú, madre querida, ya no existes!
¡Este mundo mezquino abandonastes!...
¡Ay! solo olvido mis recuerdos tristes
Al pensar en lo mucho que me amastes.

¿Dónde hallaré la paz y la ventura
Que tuve yo mientras viví á tu lado?
Sumido en un abismo de amargura
Mi dicha sin igual ha terminado.

Tú me llevaste siempre por la senda
De la virtud, y con ardiente anhelo
Me hablaste cariñosa de la ofrenda
Que los buenos alcanzan en el cielo.

Aún creo que tus besos amorosos
Queman mi frente pálida y sombría,
Trocando mis recuerdos dolorosos
En ideas de paz y de alegría.

Aún me parece que oigo de tu boca
Aquellas frases llenas de cariño,
Con las que todo corazón de roca
Se trasformara en corazón de niño.

Pero ¡ay! la triste realidad no quiere
Que dure un punto mi placer incierto,
Porque me grita con su voz que hiere:
¡Desgraciado mortal! ¡tu madre ha muerto!....

¡Ay! y al pensar que solo y desgraciado
Viviré en este mundo fementido,
El corazón lo siento desgarrado,
Y el pensamiento triste y abatido.

Pero nó! ¿para qué desesperarme
Si alguna vez te encontraré en el cielo?
¿Por qué si tus consejos pueden guiarme
No arranco de mi pecho el desconsuelo?

¡Por qué ese sufrimiento, si ligeras
Llegarán hasta á tí mis oraciones,
Y en alas de la brisa, placenteras,
Hasta á mí bajarán tus bendiciones?

¿A qué llorar porque infeliz me hiere
La desventura que en mi pecho anida?
Yo sé que el alma, cuando el cuerpo muere,
Va á las regiones de la eterna vida.

Y no me importa que *infelices sabios*
Quieran negar esa verdad hermosa:
Siempre pude escucharla de tus labios
Y eso me basta, madre bondadosa!

Lucharé con la suerte despiadada
Como luchaste tú, nunca abatida,
Y sufriré, con alma resignada,
El rudo peso de la triste vida.

Y esperando que tú desde los cielos
Con tu constancia y tu fervor me ayudes,
Llenaré mi existencia de consuelos
Imitando con ansia tus virtudes.

Perdona, madre mía, si un momento
Vencido ya por mi dolor profundo
Pude apartar mi pobre pensamiento
Del Justiciero Ordenador del mundo.

Descansa pues; tus hijos, con anhelo,
Pedirémos al Dios de la clemencia
Que en este triste y engañoso suelo
Siempre limpia tengamos la conciencia,

Que jamás nos abata el desconsuelo
Al meditar en tu temprana ausencia,
Porque algún día, unidos en el cielo,
Será eterna y feliz nuestra existencia.

Y mientras tanto, madre idolatrada,
Siguiendo tus consejos amorosos
Nuestra vida será ménos pesada,
Pues ya los desengaños dolorosos
Que el alma hieren con violencia airada,
Nos hallarán tranquilos y animosos!

JOSÉ MARÍA GOMAR.

San Salvador, Agosto 20 de 1892.

CARLOS GIL.

(Véase la página 151 del N.º anterior).

IV

La señora de López sólo trataba de entretenernos y de no dejarnos salir de su casa. Creímos que pudiera avisar al Director, y por eso cuando como á la una de la tarde salió ella, nosotros, á fuer de audaces, nos lanzamos á la calle. Ca-

da uno llevaba una sábana bajo el brazo, y así, con la mayor naturalidad, tratamos de encaminarnos al río, como si fuéramos á bañarnos.

Una vez en el campo, hubimos de cortar el camino real: salir de un potrero y entrar en otro. Apenas nos habíamos aproximado á la zanja que cercaba el potrero y orillaba el camino, cuando oímos voces, y ruido de armas: instantáneamente nos precipitamos al fondo de la zanja, que no era muy honda, y al través de la maleza pudimos distinguir que venía una tropa numerosa, la que habría de pasar casi tocándonos.

Palidecimos como muertos: creímos ser descubiertos en el acto; y como no se daba cuartel á nadie, hasta llegamos á oír el ruido de la descarga que lanzarían contra nosotros: nos mirábamos estupefactos, con la agonía pintada en el semblante.

¿Quiénes eran aquéllos cuyas voces habíamos escuchado y cuyas armas mirábamos relucir?

Eran los que iniciaban un desfile de cuatro mil hombres, que á paso de camino, con el arma á discreción, emprendían la marcha para el valle del Cauca: iban á reforzar las huestes del gobierno, que estaban en vísperas de librar una gran batalla, que se creía la más importante en esa guerra.

Nuestro pánico había llegado á su límite: miles de ojos estarían á una distancia tal de nosotros que era imposible que pasaran sin vernos; el desfile nos pareció interminable; nos enflaquecimos en unas pocas horas como si hubiéramos sufrido una larga enfermedad; yo miraba los cabellos de mis discípulos para ver si habían encanecido.

Oíamos los comentarios de los que pasaban; veíamos alumnos de la Universidad—antiguos compa-

ñeros nuestros en la Escuela Normal—que iban hermosamente uniformados, pero en las cabalgaduras más infelices y grotescas.

¡Qué emoción cuando alcanzamos á oír que se referían á nosotros creyéndonos ya muertos! (Esa fué la noticia que circuló en la ciudad desde poco antes de que salieran las tropas). Se apoderó de nuestro ánimo un fatal presentimiento.

De pronto vemos que se dirige hacia nuestro escondite un oficial: desenvaina su espada y obliga á su caballo á que se arrime á la maleza: se empina sobre los estribos... va á lanzarnos un grito de cólera para hacernos salir y capturarnos... indudablemente, llegó nuestra última hora... ¡todo, todo acabó.....!.

El oficial hace un esfuerzo más sobre los estribos, esgrime la espada y corta una rama de un arbolillo: la utiliza en el acto, azota fuertemente á su flaco rocín, y éste parte al trote largo, echando bendiciones con la cola.

¡Nos hemos salvado!

El desfile se hace eterno. Por nuestra parte podríamos jurar que han pasado á nuestra vista no cuatro mil hombres, sino los cuatro millones de habitantes que tiene Colombia.

Al fin se oye un gran ruido, mezcla de voces, y tropel de caballería; las espadas resuenan y las herraduras de los caballos chispean: es que pasa el "Presidente del Estado Soberano del Cauca," General en jefe del ejército, acompañado de su brillante Estado Mayor: va en busca del enemigo, á sesenta leguas de distancia.

No se dirá que tiene miedo.

Al día siguiente como á las once de la mañana, llegábamos á la casa

de un indio, á quien habíamos conocido en nuestras excursions estudiantiles: era de los nuestros.

Díjonos que él sabía en qué lugar estaba el campamento, que él nos guiaría, que cómo nos iba á dejar ir solos: estaba entusiasmado con nuestra resolución, que á él le parecía heroica. Nos dio de almorzar: unas cuantas papas cocidas y habas tostadas; luego un buen trago de aguardiente.

Estaba el indio arreglándose para emprender la marcha, cuando llegó corriendo su mujer á avisarle que unos hombres armados, y á caballo, venían en dirección de la casa; que nos escapáramos mientras ella los entretenía.

El buen indígena nos dijo que lo siguiéramos sin cuidado, que nos agacháramos lo más posible y nos quitáramos los sombreros. Partió como una flecha, y salvando cercas, rompiendo las ramas de los árboles, llegamos al río. Cruzámoslo sin pensar siquiera en quitarnos las alpargatas ni en remangarnos los pantalones. Al llegar á la orilla opuesta empezamos á trotar loma arriba, á través del bosque: el indio parecía un gamo que suprime cuestras y vuela sobre los abismos, hostigado por los perros. A veces lo veíamos desaparecer en el borde de un barranco, y sólo distinguíamos la brecha abierta por su cuerpo entre un laberinto de yerbas y de arbustos. Por allí nos lanzábamos, y después de rodar desde una altura de quince á veinte metros, íbamos cayendo los unos sobre los otros en el fondo de alguna cañada ó en medio de algún arroyo. A veces llegábamos al borde de un precipicio, y al dirigir una mirada en torno nuestro distinguíamos al bravo conductor que desde allá abajo nos hacía señas y nos indicaba que por allí debíamos descolgarnos. Aquello era superior á nuestras fuerzas, y superior á lo

que nos habíamos imaginado: el corazón se nos saltaba del pecho, el sudor nos empapaba, íbamos á caer sin aliento.

Las alpargatas ya en nada favorecían nuestros pies: estaban hechas trizas. Los vestidos se habían vuelto andrajos, y las carnes empezaban á mostrarse.

Llegó la noche, y tuvimos que pasarla en plena selva. Acampamos al pie de un hermoso roble, en cuya corteza grabamos nuestras iniciales; creo que ninguno de los fugitivos habrá vuelto ni volverá por allí á ver si se han borrado.

¡Por cuántos lugares transita el hombre sólo una vez en su vida, sin dejar en ellos ni siquiera la huella de sus plantas!

Teníamos hambre y frío. La naturaleza, en toda su monstruosa exuberancia tropical, nos ahogaba con su hálito de gigante; nos envolvía en la nube impalpable de sus mil efluvios misteriosos; nos embriagaba con los torrentes de sus perfumes. . . . en su lúbrico furor nos estrechaba contra sí misma hasta exprimarnos, é inoculábanos su voluptuosidad por todos nuestros poros: algo así como si un pulpo colosal nos hubiera aprisionado y nos absorbiera la vida en las succiones de sus poderosos tentáculos.

Por mi parte, llegué á sentir que las parásitas echaban raíces sobre mi espalda, y que en mis piernas las enredaderas retorcían sus espirales.

¡Y la naturaleza realizaba esta tentativa de asesinato en medio de las sombras!

Sólo á través del espeso follaje mirábamos una que otra estrella amiga, de esas con quienes una estrecha relaciones en la clase de Astronomía: Aldebarán, Betelgeuze, Rígel. . . Parecíanos que sus titilaciones eran señas con que nos indicaban que ellas estaban de nues-

tra parte: que protestaban desde el cielo contra lo que nos acontecía en la tierra.

Como á las tres de la mañana surgió la luna tras la cima de un cerro imponente: una nueva solemnidad nos rodeaba: en el horizonte veíamos dibujarse las negras y tortuosas aristas de las montañas; en los flancos de las unas, y salvando las hondonadas, reflejábanse las siluetas sombrías de las otras.

* * *

Dejamos el bosque, y, hollando la yerba húmeda con los pies descalzos, continuamos la marcha.

Habríamos andado por espacio de una hora y media, cuando repentinamente oímos un "¡Quién vive!!", estentóreo, atronador; nos detuvimos instantáneamente, como petrificados. "¡Colombia!!", gritó nuestro guía, y luego dirigiéndose á nosotros: "Es mi compadre Cirriaco, que está de centinela."

Al fin habíamos llegado. El ¡Quién vive! salía de una avanzada de "icos rebeldes."

En el acto nos sentimos otros hombres, mejor dicho: nos sentimos hombres.

¡Ya no éramos fugitivos! ¡Éramos soldados!

Ya no pensamos más en las balas de los enemigos: pensábamos en las que saldrían de nuestras armas.

Al iniciarnos en una guerra de emboscadas, saboreábamos anticipadamente aquel goce salvaje,—fenómeno de atavismo psicológico—sensación terriblemente dulce, en que al desplegar los labios para sonreír tiene uno en las pupilas la expresión siniestra de "la bestia humana" en toda su horrorosa plenitud: nos entusiasmábamos al figurarnos que un grupo de hombres se venía hacia nosotros, trayendo nuestra muerte en las bocas de sus

carabinas. . . . que los esperábamos á pie firme. . . . apuntábamos. . . . y los veíamos luego caer en tierra como barridos por la tempestad.

F. A. GAMBOA.

A NICARAGUA

(con motivo de la apertura del gran canal inter-oceánico).

Ondina de los lagos, te saludo!
Perla gentil, espléndida y graciosa
De la diadema de mi patria hermosa!
Cesó el combate rudo
De la pasión bastarda, en que otros días,
A irena atroz, sin término lanzados,
Desgarrando tu sano,
Ay! á tus hijos con horror veías!
Su manto azul desenvolvió, sereno,
Teñido en luz tu espléndido horizonte:
Brilló la Libertad, fúlgida estrella,
Corona de tu frente pura y bella.

Ya la Justicia santa y el Derecho.
Soberanos del mundo de las almas,
Bajo el dosel de tus frondosas palmas
Sus sillas de oro alzaron,
De trofeos ornadas y pendones;
No sobre sangre y lágrimas y escoria
Donde erigen su trono los tiranos,
Sino en los esforzados corazones
De tus libres y egregios ciudadanos.

En noble emulación, alta la frente
Que acaricia el saber con blando beso.
Tus hijos van en apretadas filas
La hermosa senda hollando del Progreso,
Cual barquillas que bogan dulcemente
En las diáfanas ondas y tranquilas
Del pintoresco lago
Que aduerme de la brisa el suave halago.

De Washington así la patria excelsa,
Como el águila, emblema de su escudo,
Las alas tiende, en atrevido vuelo
Cruza el espacio y se remonta al cielo.
¡Qué es para ella el lívido y sañudo
Espectro de implacable tiranía?
Nada su empuje vigoroso espanta!
Las hórridas cadenas
Para siempre rompió.... Y ufana y libre
Del yugo que su frente deprimía,

Aunque tronando la centella vibre,
Sobre las tempestades se levanta
A las regiones altas y serenas
Do eterno luce y nunca muere el día,
Como se alza en las nubes, majestuosa
Del negro caós luna esplendorosa.

¡Oh Nicaragua bella,
Del cielo de mi patria clara estrella!
De orgullo henchido te contempla el Ande
Culto de amor en su sagrado templo
Rendir á la alma Paz, y el noble ejemplo
Fiel imitar de la Nación más grande,
Más próspera y feliz, más opulenta
Que ufano el Mundo de Colón ostenta!

La ley, que sólo á la razón tributo
Paga de honor cuando es hechura y fruto
Del voto popular,—no falséado
Por la cábala vil ni encadenado
Al carro asolador del despotismo—
Cual árbitra y señora,
El cetro soberano
Empuña de oro en tu fecundo sueio.
La espada, en los combates vencedora,
No amaga al indefenso ciudadano
Como rayo en la diestra del tirano;
Es de la ley sumisa guardadora.
Que, si honra de la patria es el guerrero
Que á costa de su sangr y de su vida
Los patrios fueros con valor defiende,
La ultraja parricida
Sayón cobarde que por vil dinero
Al opresor de la virtud se vende!

Asilo encuentra bajo el manto agosto
De tu suprema ley los sacros fueros
Del honor, de la vida y la conciencia:
Cuanto es digno del hombre, cuanto es justo!...
Y, oh cual tus hijos, hábiles obreros
Que en los campos del arte y de la ciencia
Triunfos sin fin alcanzan
Y cada día más y más avanzan,
La sien ornada de laurel y flores
Marchan en són de atletas vencedores!

No como Sila y Mario el Capitolio,
El soberano solio
Do imperan el derecho y la justicia
Asaltarán jamás irreverentes
La sórdida codicia,
La vil doblez ni la ambición hinchada,
Que de la patria el palpitante seno
Destrozan como tierra conquistada.
Traidor coral, de tornasol vestido,
En balde arroja el pus de su veneno
La lisonja arrastrándose: alto muro
Más que de bronce impenetrable, encuentra
En el pecho del juez íntegro y puro.

Del pacífico mar cuando las olas
Con las olas de Atlante se confundan
En tus límpidos lagos,
Y las naves recorran su camino,
De las ínclitas playas españolas
Al mar que baña al industrioso chino,
Cual soñaba Colón!.....; y el europeo
Tienda fácil por tí su amiga mano
Al de la Australia habitador lejano.....,
Allá, desde ultra-tumba,
De gozo estremecidos los mayores,
Al són de misteriosa melodía
Saludarán el bienhadado día
Y entonarán dulcísimos loores,
Bendiciendo en sus hijos la alta empresa
De titánico aliento, (digna hazaña
De los antiguos héroes de España)
Que tanto ellos ansiaron
Y por lograrla tánto se afanaron!

Grande entonces tu nombre, Nicaragua,
Del un confín al otro de los mares,
Desde do muere el sol, hasta la aurora
Lo anunciará la Fama voladora,
Del errabundo nauta en los cantares.

Grande será tu nombre: las naciones
Admirarán la espléndida hermosura
De tu frente de virgen, y los dones
Con que plugo al Criador, á manos llenas
Enriquecer el monte y la llanura
De tu suelo feraz... El gran desierto
De selvático lujo engañado,
Por la planta del hombre no trillado,
Talvez mañana se verá cubierto
De ciudades y pueblos, donde el arte,
El comercio y la industria se entronicen
Y al orbe con sus triunfos electricen!...
Oh, quién pudiera entonces contemplarte!

Ya tus lagos bellísimos figuro,
Que tu cielo reflejan limpio y puro,
Surcados por innúmeros vapores
Ostentando oriflamas de colores;
Escuchar creo el estridente ruido
De las soberbias máquinas nadantes,
Como salvas de honor con que saludan
La victoria del hombre, enaltecido
Porlos gloriosos timbres del trabajo;
Y en trueque de riquísimos tributos
Que envíen para tí del mundo entero
El sabio y el artista y el obrero,
Tú les darás los deliciosos frutos
Que alma naturaleza,
De luz radiante y de inmortal belleza,
Loca de amor, continuo te regaña.
Así en fiesta nupcial, joven esposa
Para su prometido se adereza
En rico adorno y de luciente gala.

No quiero, no, morir sin verte un día,
Porción hermosa de mi tierra hermosa,
Opulenta, feliz y poderosa,
Grande, como el ardor del alma mía!

Y acaso tus hermanas,
A tu grandeza y tu esplendor ajenas,
Verán con ojo uraño, indiferente,
La corona triunfal sobre tu frente?.....
Ah, no; jamás! que de alto honor las llenas!
La misma savia, la ardorosa sangre
que te da vida corre por sus venas;
Y en los anales de la patria historia
Reflejarán, como en cristal luciente
El rayo de áurea luz resplandeciente,
Los nítidos efluvios de tu gloria!

De amor y de amistad los tiernos lazos,
Por la discordia fiera hechos pedazos,
En el sagrado altar del Patriotismo
Se anudarán un día!.... Coronadas
De rosas y de mirto, y abrazadas
Cual las ninfas que cercan á la aurora
Cuando aparece, reina vencedora,
Bañando el orbe de esplendor fecundo,
Las ha de ver enamorado el mundo!
Oh Patria, oh Centro-América, mi vida,
Si por suerte mi vida algo valiera,
En aras de tu amor yo la ofreciera
Por verte grande, poderosa, unida!

Oh Washington glorioso,
Héroe en la lid y sabio en la Asamblea!
Jefferson, Adams, Franklin.....,
Y cien y cien astros del Norte,
Genios de la palabra y de la idea,
En cuyo pecho, cual Vesubio ardía
El amor de la patria santo y puro,
Y el odio á la sangrienta tiranía!
Por qué no estáis aquí?.... oh! si algún día
Mi Patria llega á unirse, que no sea
Al resplandor de la incendiaria tea,
Del hórrido cañón al estallido,
Que muerte y ruinas, destrucción y espanto
Lanza en su derredor; que en luto y llanto
De huérfanos y madres sin ventura
El suelo de la patria sumergido,
No se firme jamás ese sagrado
Pacto, (que fuera yugo maldecido)
Con la punta del sable ensangrentado!

Unión forzada es para un pueblo afrenta!
La libre voluntad, cual fino acero,
Si mano dura doblegarla intenta,
Rota en pedazos saltará primero!.....

Ah! del Norte los héroes patriotas
Sobre la libertad, por base eterna,
El código inmortal que los gobierna

Labrar supieron en lejano día:
Serena, alta la frente,
La mano sobre el pecho,
Urna de la justicia y del derecho,
Sabedor cada cual de lo que hacía,
Juraron ante Dios omnipotente
Una patria formar independiente.
Y un siglo ya, con estupor profundo,
De ese pueblo que se alza cual gigante,
Y rápido camina hacia adelante,
El colosal poder contempla el mundo!...

Y á la Central-América no es dado,
Con intrépido brillo,
Con indomable aliento
Seguir las huellas de los pueblos grandes
Que su renombre y gloria y poderío
Fundaron sobre sólido cimiento
Más firme que el granito de los Andes!

La libertad! Sólo ella el dulce lazo
De eterno amor y de amistad sincera
Con blanda mano reanudar pudiera!
Y en delicioso abrazo
Estrechamente unidas,
Cual gemelas en todo parecidas
Vivirán las Repúblicas hermanas.
Oh! pronto sea! y nuestra patria entonces,
Centro-América hermosa,
Se ostentará ante el mundo que la admira.
Cual la sueñan las trovas de mi lira,
Grande, próspera, libre y venturosa!

Guatemala, 1889.

JUAN FERMÍN AYCINENA

LA PERFIDIA

*¡Mal haya quien en promesas
de hombre fía!* Becquer.

Era una hermosa tarde de primavera.

Emelina, sentada sobre la verde grama que alfombraba las orillas de un pintoresco lago y Arturo, ligeramente reclinado sobre las faldas color de rosa de la encantadora niña, formaban un grupo sublime, interesantísimo, que solo los pinceles

de Rafael y Miguel Ángel podrían dibujar.

El agua azulada del lago, estremecida sin cesar, formaba mil y mil ondulaciones que rodaban tranquilamente por la superficie hasta ir á resolverse sobre la arena en preciosas gotas de plata.

Una tenue y pura brisa parecía nacer del seno de las aguas para refrescar el ambiente perfumado y delicioso.

La exhuberante vegetación del prado vestía su traje color de esperanza, tachonado lindamente por los mil colores de una inflorescencia prodigiosa.

Los rayos vespertinos del sol depositaban su postrero beso en la entreabierta corola de las flores, que trémulas y ruborosas replegaban tristemente sus nítidos pétalos, enviando un suspiro al moribundo astro del día.

El cielo parecía absorto en profunda éxtasis, en la contemplación de aquel idilio de amor.

* * *

Emelina, que apenas frizaba en los quince abrilés, era un ángel. Sus ojos rasgados, color de cielo, tenían á la vez la ingenua y dulce expresión de la infancia y el fuego mágico de los quince años. Su espaciosa frente revelaba las grandezas de su corazón; su nariz aguileña, el tierno sonrosado de sus mejillas y la sonrisa seductora de sus encarnados labios le daban el ideal gracioso de una Vénus y la belleza pura de una virgen. Su rubia y abundante cabellera caía suelta y flotante como un

manto de oro sobre sus espaldas, abandonando hacia adelante algunas cambiantes madejas, que arrebuñándose, parecían bordar artísticamente su blanco seno. Su talie era alto, esbelto y airoso; no era ese continente altivo y magestuoso de las antiguas damas romanas, ni ese talie cimbrado y veleidoso con que los poetas pintan las beldades vaporosas de su fantasía; no, era un talie especial; pero magnífico, difícil de encontrar entre las estatuas griegas. Los rústicos moradores de la comarca la apellidaban con el nombre de *Azucena del Valle*.

Emelina era huérfana, y si acaso tenía padres, ella no lo sabía ni los había oído mentar nunca.

Unos honrados pastores, que buscaban una oveja perdida de su rebaño por entre las tupidas malezas de un monte, la recogieron de una profunda excavación formada por las grietas de una enorme roca llamada *Grueta de las Culebras*.

El débil llanto de aquella niña de dos meses les condujo allí, donde envuelto en los pliegues de una mantilla de seda blanca, gemía y se retorció el cuerpecito de aquel precioso vástago con cabeza de serafín. Le llevaron á su humilde choza, donde con la leche de las cabras y la carne de los peces del lago, creció la hermosa niña de ojos azules.

Poco tiempo hacía que la pareja de pastores, bajo cuyo techo empezaba Emelina á respirar los primeros albores de la vida, habían perdido para siem-

pre el primer fruto de su amor, y queriendo perpetuar su memoria en la persona del nuevo sér de que ahora se constituían padres por mandato de la Providencia, dieron el nombre de su primogénita á la naciente hija adoptiva, que venía á enjugar con dulcísima sonrisa sus lágrimas y á constituir con su mirada la eterna luz del hogar.

**

Arturo contaba veinte navidades. Nacido de padres ricos, había pasado los primeros años de su vida en la mayor holgura, á su antojo. Su familia nunca se dió prisa en proporcionarle una enseñanza útil y honrada, ni una educación siquiera mediana. Sin embargo, el joven tenía trazas de una inteligencia poco común, que amalgamada con la rusticidad de su estudio en el fondo enrojecido del crisol tolerante de sus padres, inflaba su cabeza como un globo de jabón y se ercía tan grande como el que más. Orondo y ufano como ninguno, era á veces hírcrita como pocos; pero con una hipocresía mañosa mezclada con ostentación y maldad, lo que le valía de mucho para sorprender y anonadar á las gentes sencillas.

Sus repetidos paseos á las inmediatas poblaciones y su constante holgazanería, le conquistaron muy pronto una exquisita habilidad en el juego y mil ardidés en la orgía. De vez en cuando gustaba de la caza, tanto más por tropezar con una aventura amorosa en los en-

cuentros felices que en ocasiones tenía con las aldeanas en el bosque.

Los regulares perfiles de su rostro no revelaban nada de los oscuros torbellinos de su alma. Formaban un contraste tristísimo.

Sus ojos negros, velados por largas pestañas, miraban de una manera extraña, á la vez que seductora. Sus pobladas cejas se dibujaban en la región superior de la frente como dos arcos simétricos. Su nariz afilada y grande, su boca pequeña y su tez marmórea algo pálida, daban á su fisonomía una expresión agradable y simpática.

**

Amaneció un martes de Carnaval.

El valle despertaba alegre, y después de cortos esperezos, cada cual acomodaba su cabeza y suena por las ventanillas de sus chirivilles saludando la nueva aurora.

Las alondras y aguzanieves esponjaban su plumaje, sacudiendo sus pintadas alas, saltando por las frondas de los sauces y los pinos y entonando á su Orador el himno melodioso de sus matinales trinos.

El viento retozaba entre las hojas agitadas de los árboles con su murmullo musical.

Ligeras brumas de plateada muselina, surcaban, fugitivas el espacio para ocultarse presurosas tras el horizonte.

Los perros corrían y ladraban, los gallos cantaban y picoteaban afanosos los gusarillos

del suelo, los caballos piafaban, las cabras se encaramaban á morder las hojas de los zarzales, recargando el aire con su perenne egofonia.

Todo anunciaba una fiesta.

Y efectivamente, todos se aprestaban con la solidaria alegría propia de los caseríos á una tradicional solemnidad, á una mezclanza informe de misticismo y de placeres con que se obscuía á la religión.

Las ancianas pastoras salían corriendo al campo y volvían con un cesto lleno de jaramagos, madre selvas, hiedras, campanillas, girasoles y mil variantes flores que colocaban en agradable desorden en la parte exterior de las puertas, como si acabasen de comulgar.

Las muchachas se engalanaban con sus trajes de zaraza de cien colores, sus collares de coral, sus chales de algodón atornasolados y sus zapatillos blancos. Peinaban su cabello con pomada de azahar, y como último retoque comunicaban á su rostro el color de los polvos de oppoponax. Entre mirada y mirada sobre el cristal del espejo y sacudiendo su cabellera, cambiaban picarezcas sonrisillas con su imagen, exclamando: "¡qué bonita! ¡qué graciosa!"

Los chicuelos se colgaban de un salto del cuello de los viejos campesinos, implorando con su aturrido chillar el *medio* para los dulces.

Los cantillos de las unas y las charlas ingenuas de las otras, el grito de los chicos y el agreste tararear de los ancianos, el ru-

mor del lago y el ¡*hosanna!* de la naturaleza, formaban una algarabía magnífica que se repercutía en el infinito.

* * *

Solo Emelina no se disponía á cooperar en aquella fiesta, la reina de la hermosura, la *Azuena del Valle* no participaba del carnaval.

Poco después, los alegres pastorcillos se reunían en apretados grupos y se encaminaban gozosos á una inmediata colina, bordada de matizada hierba, donde según costumbre era el teatro de sus *grandes fiestas*.

Mil cantores dilataron el aire con sus coplas.

Las zambombas, los acordeones, las panderetas y los tambores hicieron con sus discordantes voces un coro armónico y estupendo.

Entre los tonos de los cánticos y las notas de los instrumentos, oíase confuso y lento el triste doblar de una campana.

Anselmo, el padre adoptivo de Emelina había muerto.

* * *

Arturo, á cuyos oídos había llegado la noticia de la agreste celebración del carnaval en el vecino valle, venía de su pueblo ansioso y decidido á sacar algún partido en aquel torneo pastoril. Cuando de pronto, de entre aquellas casas silenciosas, le pareció distinguir el gemido lastimero de un ahogado llanto, que envuelto en las leves ráfagas de un cierzo frío, llegaba á sus oí-

los con un acento lúgubre, á la vez angelical.

Detúvose estupefacto ante aquel eco inesperado, que como una mano de hierro salía de la tierra para cortarle el paso.

Aquello le pareció ser un sueño, una ilusión fantástica.

—¡Ea! bonita la fiesta que empieza con lloriqueos, dijo, y aguijoneando con los acicates los ijares de su corcel, se dispuso á continuar la marcha; pero en vano..... el animal estaba inmóvil, con las narices dilatadas resoplando como un par de fuelles, los ojos inquietos y las orejas en asecho.

El gemido continuaba, los sollozos se alternaban, y el monótono tañido de una campana tocaba á muerte.

Pasada la primer sorpresa, contuvo la respiración para oír mejor; en seguida, con el índice de la mano derecha limpió el sudor que corría por su frente, y movido talvez por la curiosidad ó por algún instinto remoto de compasión, echó pié á tierra, anudó la cuerda de su rocín al tronco de un avellano, y con paso resuelto se encaminó en dirección de la cabaña de donde parecía elevarse aquella plegaria, queja ó protesta al trono del Señor.

Petrificado quedó en el umbral de la puerta. Un espectáculo sombrío se presentó á su vista.

El hálito glacial y penetrante de la tumba le azotó el rostro. Una mujer de sesenta años rezaba en silencio y una niña de quince, arrodillada en el húme-

do pavimento, con las manos sobre el pecho, el cabello en desorden y la mirada en el cielo lloraba amargamente.

El sudario de difuntos cubría las inanimadas formas de un cadáver. Era Anselmo.

De pronto, la mujer que oraba acercose caminando sobre sus rodillas hasta el muerto, con un temblor nervioso en todo el cuerpo, los ojos desencajados, la tez lívida como la cera, y levantando las manos unidas á la altura de su cabeza, lanzó un profundo suspiro, diciendo: "¡Gran Dios, recibid el ánima de tu sierva!" "¡Anselmo, esposo mío, cumplo mi promesa!" Y cayó desplomada sobre el cadáver de Anselmo. Estaba muerta. Su cabeza al rodar buscó la del esposo, y aquellas bocas lívidas se juntaron un momento, y..... un beso lejano sonó en la eternidad.

Emelina lanzó un grito agudo. Aquel grito fatal perforó el pecho de Arturo y como una saeta acerada fue á clavarse en su corazón, helando la sangre de sus venas y trastornando su juicio.

Aquel grito que cerraba la losa de la tumba de los dos esposos abría el abismo sepulcral de una virgen.

* * *

Arturo quedó mudo como herido por un rayo. Al volver en sí, estiró sus miembros cual si despertara de un sueño profundo, y ensanchando la pupila de sus ojos para ver más claro cuanto pasaba en la dirección

de su mirada, vió á la pálida luz de cuatro cirios dos cuerpos tendidos sobre el suelo, envueltos con un mismo crespón negro y una niña hermosísima de ojos azules de hinojos á la cabecera de aquel cuadro fúnebre, con las mejillas bañadas por los torrentes de lágrimas que cual preciosas cataratas se desprendían de sus párpados.

Había oído un grito, un grito atiplado y celestial que recorrió su alma causándole un estremecimiento extraño, una impresión indefinida, mitad de piedad y mitad de *no sé qué*, que jamás había sentido aquel corazón de piedra curtido en los placeres de la orgía y la taberna.

Arturo miraba de un modo particular los ojos llorosos de la desgraciada niña y lloraba él también, sin atreverse siquiera á dirigirle una palabra de consuelo.

Emelina hasta entonces no había mirado al aturdido joven que con el permiso de la muerte penetraba en aquel santuario del dolor.

Cuando al fin, Arturo, saliendo de su confundida situación, adelantó dos pasos hacia la joven y con voz apagada y suave aventuró á decirle:

—Preciosa niña, la orfandad es la peor de las desgracias en un corazón tierno y puro. Pero ya que la Providencia se ha servido de mí para vehículo de consuelo, contad desde luego con la sinceridad de un amigo que os ofrece la eterna condonencia de tu llanto y tu pesar.

—El cielo os corresponda, re-

plicó la niña, y alzando sus bellos ojos miró al joven con una mirada fija.

Aquel corazón sensible y espacioso para todos los sentimientos grandes y sublimes sentía en ese instante moverse los resortes de una inmensa gratitud, y viendo en el joven aparecido un ángel que quizá el cielo le enviaba con un cáliz de bálsamo, su reconocimiento se desbordó, su aprecio fue más lejos.

Aquella mirada llevaba oculto entre la ingenua y sencilla expresión de la inocencia, el a-bismo misterioso de un relámpago fatal. ¿Qué significa esa mirada muda que lo dice todo —Es la mirada de “una virgen que mira como una mujer.”

El rayo divino de aquellos ojos llevaban amalgamados á las purezas y candores de la adolescencia, los reflejos luminosos de una chispa celestial.

Emelina miraba por primera vez de esa manera. ¿A quién? A Arturo. ¿Ante quiénes? Nada menos que ante los venerables despojos de dos muertos.

La joven sintió al momento la llama invisible del rubor abrazar sus pudorosas mejillas y una mano de hierro del respeto sepulcral estrechar entre sus dedos á su angustiado corazón. Bajó los ojos avergonzada, miró el semblante severo de los cuerpos inertes que dormían bajo su mortaja negra y exclamó ¡Perdón padres míos!

* * *

Cuando por la tarde, los destellos vespertinos de Occidente

despedían su agonizante claridad y los sencillos aldeanos descendían por la pendiente de la colina en dirección al valle con el clamoreo charlador que sigue á toda fiesta como el reguero de alba espuma que el buque deja al pasar, un féretro tristísimo salía del caserío y venía al parecer al encuentro de aquella bandada bulliciosa.

Un ataúd ancho forrado de pana negra caminaba en hombros de seis fornidos lugareños con el horripilante crugir de la madera mortuoria.

Diez personas de ambos sexos cerraban la comitiva fúnebre murmurando en voz baja fervientes oraciones.

Arturo, profundamente poseído de un afecto súbito hacia aquellos dos esposos que nunca conoció en vida, quiso depositarles su primero y último tributo al borde de la sepultura.

Después que la última palada de tierra del sepulturero indicó la clausura de la tumba, volvió sus pasos hacia el valle conmovido y meditabundo, desató su corcel y sumido en un océano de pensamientos regresó lentamente al seno de su hogar.

Emelina no durmió en toda la noche. Un mundo de ideas se agolpaban á su imaginación atropellándose y huyendo como sombras misteriosas, para volver en seguida con inaudita tenacidad.

Apenas cerraba los ojos, miraba mil espectros perezosos recorrer en procesión por el techo de la casa precedidos por un ataúd grande; oía el rezo piado-

so de las gentes, el ruido sordo de la azada y el choque de la tierra al caer en el fondo de una sepultura; veía cien y cien visiones formarse y desvanecerse ante sus ojos; y en medio de aquella fatídica silueta de alucinaciones distinguía la figura luminosa y simpática de Arturo.

Este, por su parte, aprovechando el pretexto de los nueve días no faltó ni una sola vez á los rezos cotidianos del novenario.

* * *

Emelina y Arturo concluyeron por amarse sin embozo, con todo el fuego de dos almas jóvenes.

¡Pobre Emelina! Aquel amor ardiente que nacía al soplo de la muerte y echaba sus primeras raíces al borde de una tumba, era el aliento horrible del averno que conspiraba contra su dicha y su felicidad.

Pasó un año y aquellas dos almas vehementes se idolataban más y más con toda la efusión y energía del primer amor.

Muy cercano al valle juguetaban primorosas las márgenes de un pintoresco lago.

Junto al lago alzábase lozano el elevado tallo de una palmera, á cuya sombra se extendía una alfombra verde de preciosa grama.

Todos los días, á la hora en que el sol iba á reclinarse su aurea frente en el ocaso, los dos amantes acudían á aquel sitio á completar con su presencia la armonía y la belleza de aquel delicioso Edén.

—Emelina, decía el joven, ¿sabes que en las profundidades de mi pecho hay un tesoro inmenso que es todo tuyo?

—¿Y sabes tú, Arturo, que en el santuario de mi alma hay un altar donde recibes el culto de mi adoración?

—Los latidos de mi corazón me dicen que mi pasión es más grande que la tuya.

—En la balanza del infinito he visto inclinarse un platillo al peso de mi amor.

—Emelina, ¿quieres ser mi esposa?

—Arturo,.... ¿esa pregunta?.... Sabes que te amo y te amaré en la eternidad.

Entre tanto el joven, abriendo cuidadosamente una cajita de terciopelo azul y tomando con la pulpa del pulgar y el índice de la mano derecha una alhaja de oro, asió con el primor de un novio una de las delicadas manos de la niña y colocó una sortija en el delgado anular de aquel ángel, diciendo:

—Este anillo, fabricado con el oro del que mi padre regaló á mi madre, será el lazo eterno con que el cielo nos unirá aquí en la tierra y nos juntará en ultra-tumba; llévale.

—Deja que yo á mi vez deposite en tu dedo el símbolo de mi inmortal amor, dijo Emelina, apretando el resorte de un guardapelo que pendía de su cuello y cuyas valvas al abrirse dejaron ver como esculpida una finísima sortija.—Este tesoro que he llevado siempre sobre mi pecho es el único con que los buenos pastores que hicieron las

veces de mis padres, encontraron conmigo en una cueva.

—¿Cómo! ¿no eran tus padres?..

—Lo fueron desde el momento supremo en que la voluntad del Eterno los condujo á la *Gruta de las culebras*, donde mi vida estaba próxima á extinguirse, abandonada por.... ¿quién sabe? dijo la joven llevando sus manos á los ojos, para detener las gruesas gotas refringentes que asomaban á sus párpados.

—¿Sin padres! exclamó Arturo; mejor así, se apresuró á decir, ante la idea humillante que aquellos pobres pastores muertos hicieron brotar en su orgullosa mente.—No evoques, amada mía, esos recuerdos tristes del infortunio, que hacen brotar de tus lindos ojos gotas de plata derretida que destrozan mi corazón. No empañemos con lágrimas este día grandioso en que consagramos nuestras almas á la verdadera felicidad.

* * *

Pocos meses después, una epidemia de tifus exautemático que asoló con sus estragos las poblaciones de la comarca, arrebató á Arturo el alma de los ancianos que le dieron el ser.

Aquel joven no lloró. Rico y libre, solo pensó en dar rienda suelta á la impetuosidad de sus instintos, sin cuidarse un ápice de la buena administración de su fortuna.

Sus cosechas se perdían, sus rentas se agotaban y los juegos de azar cegaban con rapidez aquella hacienda árida. Un an-

tiguo acreedor de su padre llegó á completar con el último golpe mortal la obra de la desdicha, y Arturo quedó sumido en la indigencia. Un ataque de fiebre cerebral le tuvo en cama algunos días con violentos accesos de desvarío.

Vuelto á su salud y sin saber qué actitud tomar, se encaminó á la ventura en dirección de una de sus antes favoritas poblaciones, en donde le recibieron con las demostraciones de siempre sus innumerables amigos tabernarios, los cuales sin saber aún la desgracia de su camarada le proporcionaron incontinenti algunos fondos con los que pudo recomenzar sus juegos con suerte más propicia.

Así sostuvo su nuevo estado durante un semestre, olvidándose rápidamente de Emelina. El pobre empezaba á perder la memoria.

Allí conoció una solterona extranjera recién llegada al país con grandes riquezas estafadas á su marido, era casada.

Arturo, *que no perdía el tiempo*, se hizo atraer la voluntad liviana de aquella mujer exótica y aventurera. Se casó con ella. Aquel matrimonio era un crimen entretejido por las manos de dos delincuentes.

Los cónyuges siniestros no disfrutaron nada de su efímera unión. El día de la boda, al silencio de la noche, cuando el reloj de una torre daba doce campanazos, la sombría figura de un hombre embozado en un ancho capote apareció derrepente como un fantasma salido

de su tumba, en la alcoba donde dormían tranquilamente los recién casados, y sacando de entre los pliegues de su vestido la brillante hoja de un puñal, le hundió de un golpe en el seno descubierto de la mujer, diciendo al propio tiempo: "adúltera, está vengado mi honor," y desapareció como un relámpago.

Arturo abrió los ojos sobresaltado, vió el cadáver ensangrentado de su esposa apócrifa, en cuyo pecho asomaba el mango de un puñal. Dió un grito y echó á correr por las habitaciones de la casa, gritando: ¡socorro, me matan, libradme de este fantasma y tomad mis riquezas! Era el *delirio de las persecuciones*.

* * *

Entre tanto, Emelina, no faltaba ni una tarde en acudir con una puntualidad religiosa al Prado del lago á ver morir el crepúsculo de occidente.

Su mirada lánguida, sus perfiles cadavéricos y el tinte cloroanémico de su semblante, revelaban que una enfermedad gravísima minaba profundamente su existencia. De vez en cuando levantaba sus ojos á lo alto de la palmera, paseaba su triste mirada á su alrededor como si buscase algo, y ante aquella nada muda, fijaba sus pupilas en el reluciente anillo de su anular y silenciosas gotas se deslizaban por sus mejillas.

En una tarde, arrodillada al pié de la palmera oraba en silencio.

Un sacerdote llegó hasta ella,

y mostrándole una cajita de hierro, le dijo:

—Un anciano venerable, en cuyos postreros momentos asistí con los auxilios de la iglesia, me encargó poner en manos de su hija Adela Mondétour, á quien tuvo la desgracia de perder á los dos meses de nacida, sin encontrarla más en su vida y que según noticias recibidas antes de su agonía se hallaba á la sazón en el valle del lago de la República de A*** bajo el nombre de Emelina, esta cajita de hierro conteniendo las riquezas del difunto.—Cumpló, pues, con la última voluntad del que hoy está en el cielo rogando por la felicidad de su hija aquí en la tierra. Recibid la herencia de tu honrado padre y encomendad su alma al Todopoderoso.

Emelina elevó sus ojos al cielo y señalando con su índice un punto determinado del zenit, exclamó:—¡Gracias buen sacerdote! Mi padre me llama con la mano desde allá arriba. Vedle! Ya que has cumplido la voluntad del padre, cumplid también la de la hija. Entregad esa cajita á don Arturo Mayén, en nombre de..... No pudo concluir; su cuerpo cayó exánime sobre la grama, exhalando su último suspiro. Aquella alma angelical voló al cielo.

* * *

Sentado sobre un banco de madera, se hallaba Arturo, con una mano sobre la frente y los ojos vidriosos. De vez en cuando levantaba la cabeza con un ademán estúpido, pero sin fijar-

se en nada ni en nadie del establecimiento. Cuando de improviso entró un sacerdote, preguntando por don Arturo Mayén. Un criado le señaló al joven, diciendo:—él es.

El sacerdote se acercó y le dijo:

—Don Arturo Mayén, el cielo os envía estas riquezas por la voluntad de Adela Mondétour, la *Azucena del Valle*, Emelina, que acaba de expirar; y colocando la cajita de hierro sobre la mesa esperó.

Arturo se paró de un salto, se encaró con el sacerdote y gritó:

¡Hola! ya lo ves. Rico á cada paso, muy rico, soy inmensamente rico! Era el *delirio de las grandezas*. Y dejándose caer sobre la dura tabla del banco prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

El infeliz estaba loco.

RAFAEL E. CHÁVEZ.

San Salvador, Agosto 17 de 1892.

NIHILISMO.

Voz inefable que á mi estancia llega
En medio de la sombra de la noche,
Por arrastrarme hacia la vida brega
Con las dulces cadencias del reproche.

Yo la escucho vibrar en mis oídos,
Como al pié de olorosa enredadera
Los gorgoros que salen de los nidos
Indiferente escucha herida fiera.

¿A qué llamarme al campo del combate
Con la promesa de terrenos bienes,
Si ya mi corazón por nada late,
Ni oigo la idea martillar mis sienas?

Reservad los laureles de la fama
Para aquellos que fueron mis hermanos;

Yo, cual fruto caído de la rama,
Aguardo los famélicos gusanos.

Nadie estrañe mis ásperas querellas:
Mi vida, atormentada de rigores,
Es un cielo que nunca tuvo estrellas,
Es un árbol que nunca tuvo flores.

De todo lo que he amado en este mundo
Guardo, como perenne recompensa,
Dentro del corazón, asco profundo,
Dentro del pensamiento, sombra densa.

Amor, patria, familia, gloria, rango,
Sueños de calurosa fantasía,
Cual nelumbios abiertos entre el fango
Solo vivieron en mi alma un día.

Hacia país desconocido abordo
Por el embozo del desdén cubierto:
Para todo gemido estoy ya sordo,
Para toda sonrisa estoy ya muerto.

Siempre el destino mi labor humilla
O en males deja mi ambición trocada:
Donde arroja mi mano una semilla
Brotó luego una flor emponzoñada.

Ni en retornar la vista hacia el pasado
Goce encuentra mi espíritu abatido:
Ya no quiero gozar como he gozado,
Ya no quiero sufrir como he sufrido.

Nada del porvenir á mi alma asombra
Y nada del presente juzgo bueno;
Si miro al horizonte, todo es sombra,
Si me inclino á la tierra, todo es cieno.

Y nunca alcanzaré en mi desventura
Lo que un día mi alma alcanzar quiso:
Después de atravesar la selva oscura
Beatriz no ha de mostrarme el Paraíso.

Ansias de aniquilarme solo siento,
O de vivir en mi eternal pobreza,
Con mi fiel compañero, el descontento,
Y mi pálida novia, la tristeza.

JULIÁN DEL CASAL.

LA FELICIDAD DE LOS NIÑOS

Mi buen padre, que santa gloria haya, tuvo sumo cuidado de poner en mis manos, siendo yo

aún muy niño, aquellos libros y lecturas que podían excitar mi curiosidad, moverme al estudio, despertar mi inteligencia, ejercitar mi memoria é iniciarme en los rudimentos del difícil y maravilloso arte del lenguaje. Estas lecturas, claro está, versaban sobre asuntos propios para cautivar la atención de la niñez, y, siguiendo la máxima aquella de que "cada cual goza con su semejante," eran generalmente historietas caracterizadas por la corta edad del protagonista, cuando nó cuentos de las "Mil y una noches" ó anécdotas bíblicas; porque las creaciones del genio semita tienen un sello infantil que simpatiza con los gustos de los niños. En todos aquellos libros, cualesquiera que ellos fueren, se encuentran frecuentísimas alusiones á la felicidad que disfrutó el hombre en su infancia, y se llama á ésta "la edad feliz, la primavera de la vida, los únicos días de dicha," etc., etc. Pero yo confieso que me impacientaba soberanamente aquel estado de larva humana, y que tenía vivísimos deseos de llegar á mayor edad. La libertad que, á mi modo de ver, disfrutaban los "hombres," aquel dominio absoluto de sí mismos, me hacía mirarlos con la misma envidia con que contemplaría un pobrecito siervo de la gleba al armipotente señor feudal, vestido de rico arnés y alzado en lujosa calzagadura.

Años más tarde fuí comprendiendo que "variar de destino, sólo es variar de dolor," que la

felicidad es término que excede de los límites de lo temporal y que la naturaleza de nuestras ilusiones es lo único que cambia con la edad, cambiando también, por consiguiente, la naturaleza de nuestros desengaños:

Así la infancia y la vejez helada
Van cambiando el Olimpo de esta suerte
En flores, en amor, en paz, en nada.

A los efímeros y engañadores halagos de los sentidos que en la infancia nos seducen, suceden los fugaces y deleznable placeres del amor ó las vanas quimeras de la gloria que sepultan al fin sus locas ansias en los abismos del cansancio, de la impotencia ó del hastío. Después ambicionamos la quietud, el reposo, la tranquilidad, la paz, la inercia precursora de la nada. En ese tránsito á través del tiempo la inquietud de hoy se forja con el desengaño de ayer y con la ilusión de mañana. El interés va luchando en tanto con el sentimiento, y esta lucha deja en nuestro corazón un reguero de fuego que nos abrasa y martiriza, que seca nuestras lágrimas, que apaga nuestra mirada y da á nuestra sonrisa las contracciones de la amargura.

Mil veces pensando en estas cuestiones traje á mi memoria aquella pregunta que me sugerían los libros regalados por mi cariñoso padre. ¿Será la niñez el período más dichoso de la existencia? ¿O creemos que es el mejor, porque es el más distante, y no vemos sus manchas, como no vemos las del sol porque está lejos?

Lo cierto es que los filántropos cuidaron siempre de proteger á los niños considerándolos como seres desgraciados, y que nuestro Divino Redentor, que manifestó especial predilección por los desvalidos, por los enfermos, por los ancianos, por los pobres, nos dejó como Código eterno *Simite pueros venire ad me*, "dejad que los niños se acerquen á mí" prueba clara de que Jesús consideraba al hombre en la infancia como un sér de los más necesitados é infelices.

Y á poco que consideremos el niño, hallaremos que no puede por menos de ser dolorosísima su existencia. El hombre, ni física ni moralmente, llega á ser un organismo perfecto hasta mucho después de haber traspasado los umbrales de la adolescencia: y la infancia es, por consiguiente, un período de formación lento y trabajoso. *Sine lite atque afensione nihil genuit natura parens*, dijo Petrarca: toda gestación es dolorosa, podríamos repetir nosotros. Y, en efecto, ¡qué labor tan cruel representa la vida del niño! ¡qué dificultad para aprender las primeras nociones! ¡qué curiosidad mortificante! ¡qué vacío interior! ¡qué ansia de emociones, de afectos, de vida externa!

Este afán por las cosas *de fuera* es uno de los caracteres más salientes de la infelicidad de los niños y aun de las mujeres: cuanto menos un sér se basta á sí mismo tanto más desgraciado es, pues se halla más expuesto á sentir necesidades que son la fuente del dolor. Robin-

Don fué feliz en su isla, porque se bastó á sí solo; y el mundo moral es un ancho Océano donde á menudo nos vemos aislados, haciendo el papel de Robinsones; hay situaciones en la vida más difíciles de franquear que las soledades del Pacífico. Entonces es preciso que el hombre se abisme en su conciencia, se eleve á divinas contemplaciones y oiga pasar á su lado á sus semejantes con la misma soberana indiferencia con que oiría zumbiar un enjambre ó vería bullir un inquieto hormiguero.

¡Pobres niños! Ellos necesitan constantemente de una mano cariñosa que guíe sus inciertos pasos por el camino de la vida, y la mayor parte carecen de este auxilio. Horroriza considerar cuántos niños viven sin conocer á sus padres y cuántos otros los pierden en edad temprana, pues no hay que olvidar un momento, que el promedio de la vida humana es de treinta y tres á treinta y siete años, y que todos los que no alcanzan mayor longevidad, dejan á sus hijos antes de llegar éstos á la adolescencia.

Pero pongámonos en el caso más favorable para suponer que los niños son dichosos; concedamos que tienen padres y que éstos les acompañan en los comienzos de la peregrinación por la tierra hasta llegar á los albores de la virilidad. ¡Cuántos sufrimientos no han de padecer, sin embargo! Basta el desarrollo físico, cuyas complicaciones arrebatan buen número de nacidos antes de los 17 años;

basta el trabajoso despertar de las facultades mentales; basta el escabroso aprendizaje de las naciones primeras, indispensables para la vida. Y, además de esto, cuántas pesadumbres tienen que sufrir los niños por parte de maestros ineptos, de criados toscos, de dependientes soeces. El niño carece siempre, á los ojos de los adultos, de razón y de libertad, y en cualquier contienda que se suscite, *la sogga rompe siempre por lo más delgado*, el niño es quien falta constantemente, porque dicen que es holgazán y revoltoso y travieso.

Supongamos más aún, figuremos un niño rodeado de mimos y de halagos. ¿Podrá ser feliz? No, seguramente, porque los medios de procurar la dicha á un sér están en relación directa con la extensión de las facultades de éste: un sabio puede gozar de mil maneras, su actividad está solicitada por todas partes y lo único que le apena es no poder ocurrir á todas. *Cubies brachús ó de tecne macra*, que dijo Hipócrates tristemente, pero por el contrario, el niño, la mujer, el salvaje, el hombre ineducado van en sus goce poco más allá de sus instintos. Y por si esta afirmación pudiera parecer extravagancia mía extrememos el caso, supongamos que se trata de un ser irracional: ¿Qué medios poseemos por ejemplo, para hacer feliz un caballo? Ninguno, más que la extricta satisfacción de sus necesidades orgánicas y, cuando más alguna caricia ó algun

golosina; y esto, porque se trata de un bruto muy inteligente. Si partimos de este punto (que sólo en cuanto hipotético enunció) y atravesamos la superposición, hallaremos que desde los seres inferiores en el orden zoológico hasta Sócrates y Galileo, por ejemplo, hay una gradación continua, una inmensa escala, y que solo tiene condiciones para ser muy feliz aquel que es muy superior psíquicamente hablando. ¿Qué felicidad es, pues, la de los niños? Yo no la concibo, sería como concebir el limbo superior á la gloria.

Volvamos ahora al caso general en que se hallan la mayor parte de los hombres durante su primera edad y que no es ciertamente el de encontrarse rodeados de toda suerte de satisfacciones, y protegidos por el generoso amparo de dos padres cariñosos. Hallaremos que la existencia de los niños está llena de pesares y calamidades sin cuento, que, á fuer de débiles son explotados, y que el anhelo constante de todas las almas *atruistas* es mejorar la condición de esta pobre porción del género humano. Quien quiera preciarse de amante de nuestra especie, debe empezar por repetir cordialmente aquellas palabras del Redentor: *Sinite pueros venire ad me.*

Hoy mismo uno de los más interesantes capítulos del problema obrero es el que se refiere á la reglamentación del trabajo de los niños, sometidos anticipadamente á penosas tareas y obligados á llevar su actividad

mucho más allá de lo que alcanzan sus débiles fuerzas.

No seamos, pues, inconscientes repetidores de frases este-reotipadas y falsos lugares comunes; no envidiemos, pues, esa aurora indecisa de la razón que, como el nacimiento del día, sólo es hermosa como precursora del sol radiante y claro que ha de brillar al medio día. En la vida no hay edad feliz ninguna, porque sólo en las regiones de lo increado puede hallar el alma humana digno reposo á sus facultades; pero si hubiéramos de señalar alguna etapa de nuestro viaje sobre la tierra, como la más dichosa, está sería seguramente aquella en que el equilibrio de las potencias puede permitir al hombre realizar aquellas empresas de Robinson de que antes hablabamos.

Lejos, pues, de envidiar á los niños debemos profesarles toda nuestra ternura y toda nuestra piedad y procurar dirigirlos para que cuando lleguen á la edad viril, apliquen sus facultades á sus fines, cumpliendo así la ley natural, expresión última de la felicidad en la tierra.

LEOPOLDO PEREIRA.

BECQUER.

A solas estoy contigo;
El mundo ligero y vano
Ni mira temblar mi mano
Ni escucha lo que te digo;
De mi confesión testigo
Es la estrella vespertina;
Muertos el silfo y la ondina
Del realismo al golpe rudo,

No rompen del Betis mudo
La lápida cristalina.

Ante el becerro de öro
Gira el mundo turbulento;
Oigo en el rumor del viento
El torpe y lascivo coro;
Del ser humano en desdoro
El vil metal se entroniza;
Loreley á nadie hechiza;
La deshonra ya no arredra:
¡Toda mujer es de piedra
Y toda virtud ceniza!

En vano el Cristo enclavado
Desde el Gólgota nos llama,
En vano el que siente y ama
Busca ansioso al ser amado;
En el mar alborotado
Del vicio y de la ambición,
Pesa tanto el corazón
Y de tal modo acongoja,
Que si al agua no se arroja
No hay tabla de salvación.

Con él en la mano has ido
Recorriendo tu Calvario;
En el inmenso espolarío
Arrojarlo no has querido;
Los que como tú han sufrido
Del mundo ingrato la saña
Suben todos la montaña
Imposible del deseo
Y al buitre de Prometeo
Ofrecen su propia entraña.

Recatándose en la sombra
Te hirió una mano de nieve;
Morir de una herida leve
Cuando es de amor, no me asombra;
Sobre la mullida alfombra
Pasa en silencio el reptil,
Las pobres rosas de abril
Le dan al pasar su aroma
Y él los bálsamos que toma
Devuelve en ponsoña vil.

Comprendo que hayas buscado
En las vetustas ruínas
Las vírgenes bizantinas
Que ornán el arco apuntado,
Bajo su briál plegado.
La forma carnal ofrece;
Ni la osada línea ofrece,
La fácil curva del seno,
Ni hay en su labio sereno
La contracción que enloquece.

¡Oh! cuando el pecho se abrasa
Y se enciende la pupila
Y la pasión intranquila
En nuestro ser se extravasa;

Cuando el deséar sin tasa
Nuestra existencia envenena;
Cuando se desencadena
El ciclón que dichas finge,
¡Hay que apoyarse en la esfinge
Hasta que pare la arena!

Que es la vida breve paso,
Tú lo sabes, pues has muerto;
¡Grano leve en el desierto!
¡Gota en gigantesco vaso!
Sol que el Oriente y Ocaso
Alcanza en un punto mismo!
¿Cómo existe el egoísmo?
¿Cómo el dolo aquí se encierra?
¿Va hacia el abismo la tierra
O la tierra es el abismo?

¡Quién sabe las leyes duras
Que nuestra existencia envuelven!
¡Quién sabe por qué no vuelven
Las golondrinas oscuras!
Tus íntimas amarguras
Resucita mi razón,
Y no alcanzo, en conclusión,
Cuál fué tu mayor tormento:
Si el ser todo *pensamiento*
O el ser todo *corazón*.

BENITO MAS PRAT.

PEQUEÑESES.....

DEL PADRE LUIS COLOMA.

Notable novela nos parece que es ésta, y si algunos defectos tiene, son pequeñas manchas que apenas se perciben en medio del cúmulo de bellezas que contiene tan precioso trabajo.

Para criticar con conciencia una obra literaria de tal magnitud se necesita, en nuestro concepto, ser profundo conocedor de la materia á que se ha dedicado el talento sobresaliente del señor Coloma: para juzgar con acierto, es preciso ser juez competente, esto es, saber en qué consiste la buena y la mala ca-

lidad de la novela en general; haber visto mucho y revisado profundamente todos los modelos en este asunto que tantos males ha ocasionado á la juventud, cuando no se ha tenido una mira digna y noble.

El novelista debe tener por objeto, como el autor dramático, deleitar y morigerar las costumbres, enseñar mucho bueno y causar expansión y placer: debe escribir con el respeto debido á la juventud y á la inocencia: si se sale de este carril, daña de un modo positivo á la sociedad, pues que la corrompe ó envenena.

La obra del señor Coloma, en nuestro sentir, llena todo el objeto que debe llenar toda buena novela: deleita y moraliza. El fin principal del Padre, si no nos engañamos, es pintar de un modo claro, en qué consiste la verdadera nobleza, que debe ser basada en la virtud y en los cristianos sentimientos. Además, él describe con mano maestra, la corrupción á que han llegado las clases elevadas en Europa, y pinta de un modo natural, gráfico y elegante, algunos tipos hermosos como el de la señora Villasis que representan el desprecio del vicio y el amor perfecto de la virtud. Recordamos á este propósito, uno de los más bellos pasajes. La condesa de Albornoz había siempre aborrecido, como aborrecen los malvados á las personas buenas, á la señora Villasis; ésta lo sabía; pero, modelo de generosidad y de virtud, la perdona, la consuela y la anima, cuando aquella

estaba menospreciada y abandonada de todos.

La condesa de Albornoz es el tipo de la nobleza viciosa; la señora Villasis el de la nobleza virtuosa y digna de ese título. Ambos tipos están delineados con perfección; no se puede exigir más.

—Entre los hombres, Villamelón representa al noble sin carácter y sin dignidad, al noble necio y estúpido, que no tiene más afán que comer ó vivir al modo de los brutos: Jacobo es el noble vicioso, corrompido y pícaro; el noble inteligente, pero malvado y capaz de todo crimen. Todo esto descrito con mano maestra, con estilo elegante, y tan exacto, tan al vivo, que el lector cree estar presenciando las escenas.

El señor Coloma, apartándose de la regla general, del camino seguido por la gran mayoría de los novelistas, no cansa al lector con eternos diálogos amorosos, ni pinta la eterna desesperación de dos amantes que al final siempre concluyen por casarse. Esta clase de escenas, fastidiosas por lo comunes, no entran en el plan del señor Coloma; su trama sigue otra senda, y sin dejar de ser una novela, esto es, sin dejar de excitar el anhelo y la curiosidad de los lectores, se separa por completo de la manera como se han escrito hasta el día esta clase de obras.

Una de las principales condiciones del buen novelista es el sostener siempre de un modo igual é invariable el carácter

de los personajes. En la novela de que hablamos, el autor llena esta condición admirablemente. El tío Frascquito es el mismo desde que se presenta hasta que desaparece de la escena, es decir, un tipo afeminado y necio. Diógenes vive y se podría decir que muere de la misma manera que había vivido; esto es, vicioso, pero franco y rudo, burlón sin perdonar ni á su propio individuo. Examínese, léase con atención la obra, y se notará lo mismo en todos los demás personajes, probando con esto el señor Coloma que es un verdadero novelista.

No creemos, como cierto escritor español, que esta novela no pueda ponerse en manos de todos. Al contrario, es tan á propósito para que la lean todos, que debieran poseerla todas las familias, especialmente aquellas en las cuales hay todavía algunos resabios ó humos de aristocracia; porque la obra contiene lecciones que deben estudiarse por aquellos que todavía creen que la nobleza está simplemente basada en los pergaminos.

Decente y pulcro es el lenguaje del señor Coloma; noble y digna la idea que persigue en sus trabajos literarios, sobre todo en el que nos ocupa.

Si él es un aristócrata arrependido; si él es un hombre que figuró antes en la sociedad que ahora censura con tanta gracia como justicia, mejor que mejor; eso da mayor fuerza á sus razonamientos; puesto que conoce mejor que nadie la sociedad que

describe, pues no es lo mismo criticar, como digimos antes, lo que se conoce profundamente, que aquello que sólo es conocido por lo que nos cuentan.

El señor Coloma ha prestado un nuevo y positivo beneficio á la literatura española, y si nuestro juicio no es extraviado, su nombre figurará con el tiempo al lado de las más altas celebridades literarias de la época actual.

C. MIXCO.

San Salvador, julio de 1892.

CARLOS FOURRIER.

II

Aquel desenvolvimiento del derecho en los tiempos de Grecia y de Roma, que no es más en resumen que el glorioso antecedente y la antelación magnífica del cúmulo de principios que la humanidad ha ido fijando, en la admirable sucesión de los tiempos y en la ardiente lucha de miserias sin cuento y de obstáculos de toda suerte, merece el respeto de los pensadores y es digno del imparcial juicio de la historia, que libre de los apasionamientos de secta con que muchos escritores quieren defender las inconsecuencias y vicios de los suyos, sabe discernir el anhelado premio de sus aplausos y el justiciero fallo de sus estudios á los actos y á las tendencias de cada época, á los deseos y á los esfuerzos

de cada pueblo, á las labores y á los ideales de cada hombre.

La humanidad ha pasado por una sucesiva serie de cambios que han sido como estaciones de su inmensa peregrinación por el globo. Principia por satisfacer las primeras necesidades y obtenido ésto, trabaja por abrigarse contra la intemperie, demanda el remedio que le hará recobrar la salud y por una progresiva gradación, poco á poco se va rodeando de cuantas comodidades pueden obtenerse, poniendo en laboriosa actividad su brazo que ejecuta y su pensamiento que dirige. De aquellas comodidades pasa á los placeres, que así como proporcionan solaz y exparcimiento al espíritu, por medio de un descanso debidamente graduado, traen nuevas fuerzas y nuevos mejores elementos de producción.

Va el hombre por faces embrionales adquiriendo el perfeccionamiento, y á veces es el camino fácil y llevadero, ya en ocasiones cada paso que da es seguido de una caída de suyo dolorosa y aniquilando su vitalidad, demora, por una y por otra causa la marcha evolutiva de su organismo.

El trabajo, que ejerce la doble misión de reparar las perdidas fuerzas, dotando al sér de energías que desaparecieron y de conquistarle una posición independiente que le brinde un reposo en la edad en que el cansancio hace valer sus leyes, trae consigo la emancipación de las clases más numerosas y ayu-

da á la plenitud del desarrollo de la industria, que trasforma en amenos verjeles lo que ayer no más era un campo de miseria y esterilidad, y que, por maravillosa virtud, hace resonar el himno magestuoso de la civilización por todos los ámbitos de la tierra.

El principio de la asociación, que ha tenido, como sucede siempre, sus fervientes admiradores y sus jurados enemigos es condición del progreso social; pero de esto á creer que es el único recurso salvador, como quieren los socialistas, hay una enorme diferencia y ella sube de punto si se considera, que los apóstoles de esta escuela, guiados por un criterio exclusivista, no encuentran más que la asociación como ley de organización social. De aquí nace que considerando á la asociación como condición indispensable, se llega en busca de una felicidad imposible de adquirirse, hasta constituir al Estado como protector de los asociados, es decir, á convertirse en máquinas que entran en movimiento á la menor indicación del que dirige, sea ó no apto y convenga ó no convenga la disposición.

Se ha desconocido el origen de la propiedad, y olvidando cuál ha sido el trabajo de la sana filosofía en punto de tan vital importancia, se han resucitado opiniones de la antigüedad pagana, que revistiéndolas de los atavíos de la época, deslumbran y seducen con el aparato de una supuesta novedad. Se conservan noticias de pue-

blos asiáticos, que establecieron una verdadera comunidad, tal como ahora la defienden y la sostienen los más ardientes partidarios de los rejuvenecidos principios.

La organización que imaginara en su República el divino Platón, con los caprichosos cambios de los doctrinarios, no es en último resultado más que una especie de socialismo, combatido ya desde entonces y refutado por la desigualdad que sostenía, intentando defender la perfecta igualdad. A este respecto, Lactancio tiene argumentos poderosos, entre otros el aniquilamiento de ciertos afectos, que son base de relaciones sancionadas por la moral y garantizadas por la ley. Decía que la adopción de tan singulares teorías, hacía descender al hombre de su hermosa condición de rey de lo creado, para convertirlo en una cosa, en algo tan triste y miserable que más bien sería objeto de desprecio, que no causa de elogio y admiración.

Con tales teorías nada extraño sería que el sentimiento de la libertad, fuera perdiéndose, y que olvidando los sagrados derechos de la personalidad, tomaran cuerpo en las legislaciones, que se resienten del medio ambiente como hijas de las costumbres, disposiciones y medidas no solo atentatorias al derecho, sino opuestas á las invariables reglas de la moral universal.

Las ideas paganas cedieron el puesto á las que proclamaba

el cristianismo, que, atacando rudamente el egoísmo, alma de las antiguas creencias, proclamó para bien de la humanidad principios que derivados directamente de la naturaleza perfectible, garantizaban suficientemente el progreso que es innato á la sociedad. La fraternidad que proclamara la nueva religión y el desapego de las riquezas que la servía de base despertaron sentimientos caritativos, que han dado origen á esos hermosos poemas en que la grandeza de los ideales, despierta en el espíritu santas emulaciones y tiernos y elevados afectos. Tal poderío ejercía estos en las consecuencias, que las almas con admirable resignación se disponían al sacrificio, prontas á ofrecerse como víctimas.

Los varios sistemas de la propiedad pueden reducirse al predominio del elemento social ó al del interés particular, reflejando así el estado general de cada nación. Juzgar cuál es el que menos inconvenientes presenta, y el que se adapta á nuestro modo de ser, á las tendencias dominantes, á los fines que se ha tenido en cuenta, para emprender varias clases de empresas, ha sido el objeto de numerosas investigaciones de parte de los filósofos y de los estadistas.

Aquellos espíritus nobles, llenos de amor al bien, inspirados en el deseo de mejorar la condición por demás tristísima de algunas clases sociales, han imaginado al efecto varias teorías, que si no han producido el resultado que se proponían sus

más fervorosos propagandistas, no ha sido por culpa de ellos, sino porque basadas en principios que desconocen la naturaleza humana, nunca podrían traer benéficos resultados, aun cuando en su creación se haya querido luchar con tesón por la comodidad y bienestar de los seres, que, por su posición especial, son más dignos de la clemencia de los corazones y del apoyo eficaz de doctrinas salvadoras.

No trato de los sistemas que desconocen los más puros sentimientos, que al mismo tiempo que favorecen el orden social, brindan al corazón grato consuelo, ni podría referirme á ellas cuando con tanto aplomo se afirma por sus sostenedores, que la idea de la propiedad y de la familia, no son más que un efecto transitorio de la educación y ficciones de determinadas organizaciones sociales. Con tan extrañas afirmaciones, quedan por completo en olvido los afectos más puros, las instituciones más celebradas, fuente de virtudes y de misteriosas relaciones. Que desaparezca ese estímulo poderoso de nuestro propio interés y las artes, las ciencias, las letras se detendrán en su marcha incesante, ocasionando un total desequilibrio y un desconcierto bastante sensible. El interés particular nos lleva á que el sér progrese indefinidamente; pero nunca á la perfección, porque para que alcanzara ésto, sería necesario que se despojara de su propia naturaleza.

La perfección que es posible

adquirir y á la que el hombre encamina todas sus fuerzas, se va operando en condiciones más fáciles en el seno de la asociación, que liga las generaciones, mantiene los lazos de los comunes intereses y eslabona diestramente las épocas, sin considerar, que reuniendo los elementos de defensa, garantiza el ejercicio de los derechos.

La idea generalizada de las numerosas ventajas que tiene el principio de asociación, juicio que han confirmado en estrecho consorcio las luminosas enseñanzas de la experiencia, los razonamientos vigorosos de la Filosofía y los acertados fallos de la Historia, ha sido la causa principal de muchos sistemas que se disputan el predominio de organizar la sociedad en un todo conforme á sus convicciones especiales.

Entre tantos sistemas como se han formulado se encuentran principalmente las de Fox, Owen y Saint-Simón, distinguiéndose por la profundidad de los pensamientos, el analítico estudio de las pasiones y más que todo por su sinceridad y buena fé, el imaginado y practicado por Mr. Carlos Fourier. Haré una breve exposición de los tres primeros, para después tratar de este último que ha causado general admiración, aunque los unos lo impugnen por cuantos medios tienen á su mano, en tanto que los otros hacen admirables esfuerzos á efecto de desvanecer todos los cargos y presentarlo como una de esas maravillosas elaboraciones del pensamiento,

que forman época en los gloriosos fastos de la ciencia, convirtiéndose así, al humilde ciudadano y al pacífico hombre de trabajo en personaje de altísima consideración y en apóstol de teorías redentoras.

La secta de los cuákeros rodease de crédito, así por la seriedad de su organización, como por el admirable ejemplo que presentaban á la pública consideración su fundador Jorge Fox y uno de sus discípulos más convencidos, el siempre admirable Guillermo Penn, aquel propagandista llamado por Montesquieu, el Licurgo moderno. Predicando y haciendo prácticos los hábitos del trabajo, de la templanza y de los sentimientos de dignidad, se trató de querer difundir tales ideas y transformar en este sentido el arreglo social; mas con una base religiosa, con el desconocimiento de las demás creencias, la lucha no se hizo esperar, y por cierto no coronó el triunfo, las labores y constancia de los nuevos doctrinarios.

Tienden los trabajos emprendidos á combatir inspirados en deseos nobles, la monstruosa desigualdad que fué el alma de las antiguas sociedades, y que tanto contribuyó á levantar una clase sobre la generalidad, con menosprecio de los preceptos morales. Obtener una perfecta armonía, lograr una equitativa organización, ha sido el fin dominante en la empresa de reformadores que, como el padre de los Falansterios, han tratado de encontrar un lugar lícito

á las pasiones y poder consagrar las capacidades en provecho general, al mismo tiempo que hacer realizables las victorias del trabajo y las hermosas conquistas del talento, en los dilatados horizontes de la actividad humana.

VICTOR M. JEREZ.

(Continuará).

CURACION ANTISEPTICA

A los señores doctores don Simón Espinoza y J. Jáuregui: al primero como mi maestro y al segundo como mi colega.

Desde los tiempos más remotos se ha visto el hombre precisado á curar sus enfermedades. Cuando sufría algún padecimiento buscaba al igual en los placeres la compensación de éstos, y la Ciencia trató siempre de corcernos ese espeso velo que nos separaba de dichos hechos sin haberlo conseguido por completo. Desde aquellas fechas inmemorables data el uso de los aromas sin saber por qué ni para qué se hacía uso de ellos, y si solo era para evitar los malos aromas, no siendo ésta á nuestro juicio la verdad.

La religión misma usaba en los templos estos perfumes cuando en ellos se reunían gran número de fieles con el objeto de protestar vivamente sus creencias. Pasaron siglos de siglos en que estos malos olores se hacían desaparecer por otros mucho más fuertes y agradables, sin que presidiera en el uso de ellos el criterio científico. Pero á pesar de todo esto

vino el uso del azufre, y fue ésta la primera sustancia que la Ciencia empezó á estudiar á este respecto: es ésta la que tiene su uso desde la más remota antigüedad, y tan es así, que la *Odicea* de Homero en su duodécimo canto, verso 492, cuando fueron degollados los pretendientes por Ulises, cuando Telémaco hace ahorcar á los esclavos infieles y hace cortar la nariz y las orejas á Melantho, exclama entonces Ulises: "Anciana, traedme azufre y fuego para que limpie el aire sus venenos y purifique este palacio. Euriclea (nombre de su nodriza á quien Ulises se dirigía), obedece, trae el fuego y el azufre, un perfume se levanta por los cuidados del Erve y se esparsa por la sala, el pórtico, el patio y todo el Palacio."

Creemos que al hacer quemar Ulises aquel azufre, no fue su propósito el de cumplir con un rito religioso; lo que él trataba con ésto no era más que hacer desaparecer el mal olor que los cadáveres despedían;—visto está que en tiempo de Homero era muy comun esta clase de fumigaciones.

Dice Ovidio en sus faustos: "Pastor, derramad el agua lustral sobre tus nutridas ovejas.... que el azufre virgen desprenda su bella llama azulada, que el humo llegando hasta las ovejas provoque sus balidos."

El uso de los antisépticos en el embalsamamiento de los cadáveres remóntase á unos tiempos muy anteriores á aquella época. Los egipcios usaban para el em-

balsamamiento la brea, las materias resinosas, las sustancias betuminosas y el aceite de pez: este aceite no es más que un producto empireumático de aquellos, y esta manera de embalsamar se vino trasmitiendo hasta épocas algo modernas.

Anglada en su historia puso de manifiesto la imperiosa necesidad que había de proceder á las desinfecciones y regímenes cuarentenarios, puesto que en la edad media y aún en los primeros siglos de la moderna infundieron un pavor asombroso, tanto la peste como la lepra y otras enfermedades que se tenían como tales.

De aquellos tiempos en adelante fue por demás empírica la invención de los agentes antisépticos y la elección de ellos, pues lo único que imperaba era el desorden y las groseras y ridículas preocupaciones, hasta que en el año de 1750, después de una serie de experimentos basados en el más sano criterio, lo demostró el ilustre Prouglet. Es verdad que los procedimientos de Prouglet no son suficientes para esta época, pero sí fueron maravillosos en aquel entonces; puesto que estableció una escala gradual, potencial de las sustancias que se debieran tener como antisépticas conforme al tiempo que las carnes de los animales muertos retardaban la putrefacción.

En los últimos años del siglo XVIII vemos descender al olvido á la alquimia, para no volver á hacer extensivas sus creencias erróneas, y nace entonces la

muy vaga. Podemos, pues, afirmar que estos progresos tan importantes seguirán una marcha veloz auxiliando así á la Terapéutica y á la Higiene.

La cuestión que hoy día preocupa á los farmacéuticos, médicos y naturalistas, es el valor y lugar en donde han de colocarse unos antisépticos respecto de otros, cuestión que ha puesto sobre el tapete de la ciencia el Concejo de Higiene Alemán, donde ha discutido y sostenido á todas luces el Dr. R. Koch probando de que, el ácido sulfuroso, bisulfato cálsico, ácido acético, cloruro zíncico y hasta el mismo ácido fénico y sus preparaciones, perderán la reputación de que gozan en la actualidad; y opina que no se debe admitir más antisépticos que el Cloro y el Bromo y guardarle alguna consideración al Timól, (olvidándose del sublimado corrosivo).

Estenso es el campo que le queda á la ciencia para ulteriores experimentos sobre este punto tan importante del que saldrán trabajos interesantísimos para que fijen en época quizá no muy lejana, el valor y lugar verdadero de cada uno de los antisépticos.

La Unión, agosto de 1892.

E. C. ROQUE.

MISCELÁNEA.

El centenario colombino.—

En el lugar correspondiente de este número, publicamos las notas cruzadas entre la Secretaría de "La Juventud Salvadoreña" y la de la

"Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador," á efecto de la conmemoración del IV centenario del descubrimiento de América, con una velada lírico-literaria que deberá celebrarse en esta capital el 12 de octubre próximo. No dudamos que, tratándose de la celebración de un suceso tan glorioso como trascendental para nuestra América, el sentimiento público del Salvador será propicio á la festividad que ambas Corporaciones se proponen.

Acompañamos de todo corazón á nuestros apreciados amigos y consocios don Juan y don José María Gomar R., en su profundísimo dolor por el fallecimiento de su digna madre la señora doña Ana Rocha de Gomar, acaecido el doce del próximo pasado agosto. ¡Que las cristianas virtudes y natural bondad que tanto resplandecieron en aquella víctima inolvidable, gocen de la condigna recompensa en la manción eterna de los bienaventurados!

El distinguido juriconsulto y reputado diplomático Dr. D. Máximo Araujo, ha fallecido el día 2 de junio en la ciudad de Guatemala, donde se hallaba acreditado como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Gobierno del Salvador ante el de la vecina República. Ya la prensa centro-americana ha hecho público el duelo tan intenso como generalmente sentido por tan irreparable pérdida, y "La Juventud Salvadoreña" no es la última en llorar al maestro cariñoso y ciudadano modelo que así como supo difundirle con sus luces, supo también edificarla con el ejemplo de sus virtudes cívicas y privadas.

¡Paz á sus restos y honor á su imperecedera memoria!